

Miscelánea

BATAILLON, MARCEL. *Études sur Bartolomé de Las Casas*. Reunies avec la collaboration de Raymond Marcus. Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques. xxxix + 344 pp. Paris, 1966.

Es muy cierto lo que incidentalmente afirma Bataillon acerca del amplio avance de que se han beneficiado los estudios sobre Las Casas en las dos últimas décadas; hasta haber configurado —añadirémos— ese campo historiográfico bien caracterizado que es el del lascasianismo; o del lascasismo, en denominación más breve y generalizada, si bien algo impropia, porque todo lo lascasiano no es —ya se sabe— precisamente lascasista (y no por infortunio para esos estudios). En fechas recientes —1966— la celebración del IV Centenario de la muerte de fray Bartolomé, con actos de especial relieve en su

ciudad natal de Sevilla, ha representado de modo fehaciente una especie de balance y de culminación, hasta el día, de ese movimiento de auge.

Por supuesto, la causa última de ello radica en lo excepcional de la personalidad y de la obra del celeberrimo Defensor de los Indios. Porque todo el ensanche y profundización que ha conocido la historiografía americanista —y ha sido imponderable, de la mano de las ciencias antropológicas— no ha hecho más que procurar nuevos ventanales desde los que cobran sentido e interés renovados la gesta y la epopeya del genial dominico. Han sido, pues, muchos los llamados a laborar en un terreno tan prometedor (el que esto escribe, uno más y bien modestamente entre ellos). Me parece, sin embargo, no menos indudable que el crecimiento de que hablamos debe algo esencial en su carácter y en su envergadura al hecho de que justamente en el tema de Las Casas han venido a fijar su atención y su denuedo ciertas figuras que, dotadas a su vez de personalidad intelectual sobresaliente, son capaces de imprimir huella marcada y durable allí donde proyectan su esfuerzo. Los nombres de Manuel Giménez Fernández —el primer lugar aquí nadie osaría disputárselo—, de Lewis Hanke, de Ramón Menéndez Pidal, de Manuel María Martínez, de Venancio Carro y —últimamente— de Américo Castro creo que servirán para probar suficientemente nuestra proposición. Y el de Marcel Bataillon, de quien ahora nos ocupamos, brinda justamente un ejemplo precioso con qué ilustrar esa racha de buenos vientos que han impulsado al lascasianismo.

El ilustre hispanista francés sacaba a luz el primer fruto de su dedicación a nuestra materia en 1951, al publicar en el *Bulletin Hispanique* su "La Vera Paz"; al que hubo de seguir en continuidad la serie de trabajos —doce en total— que aparecidos hasta 1960 en diversas publicaciones se nos ofrecen reunidos en el presente volumen, precedidos de unas muy importantes 39 páginas introductorias del propio autor. El orden de los escritos no corresponde aquí, por cierto, al cronológico de su aparición, sino al que conviene a la biografía de Las Casas, y a una distribución en tres secciones, de la forma siguiente: I. *Le Clérigo*: 1. "Le clérigo Casas ci-devant Colon, réformateur de la colonisation". 2. "Plus Oultre: la Cour découvre les Indes." 3. "Cheminement d'une légende: les caballeros pardos de Las Casas." II. *Apogée et déclin*: 4. "La Vera Paz." 5. "Pour l'Epistolario de Las Casas: une lettre et un brouillon." 6. "Vasco de Quiroga et Bartolomé de Las Casas." 7. "Las Casas et le licencié Cerrato." 8. "Estas Indias (hipótesis lascasianas)." 9. "Les douze questions péruviennes résolues par Las Casas." III. *Fama póstuma*: 10. "Comentarios a un famoso parecer contra Las Casas." 11. "Charles-Quint, Las Casas et Vitoria." 12. "La herejía de fray Francisco de la Cruz y la reacción antilascasiana".

Ocioso casi nos parece decir —pero hay que comenzar por ello— que en todos y cada uno de esos estudios brillan aquellos timbres de alta nobleza intelectual que han consagrado al “Prince” del hispanismo francés; sobre todo en nuestro aprecio, ese su arte depurado de conjugar un conocimiento erudito, preciso hasta el detalle de apariencia trivial, con la comprensión del humanista que domina con vista de águila el panorama espiritual de una época, y que es capaz, así, de explicárnosla en sus contradicciones aparentes y en sus falsas o verdaderas concordancias. Porque, además, en este género de cooperación fructuosa que aquí se da entre el analista de textos y el intérprete del pasado, ha sido éste el que en definitiva ha llevado el timón del avance, diríase que en virtud de esa seducción suprema que hay en la búsqueda de las motivaciones finales. Si “La Vera Paz” —que como hemos visto inaugura el camino batailloniano—, así como el “Cheminement” responden aparentemente en su arranque a planteamientos críticos sobre la validez de ciertas fuentes clásicas para nuestra materia, “Le Clérigo” es ya en cambio una formal y elaborada toma de posición sobre el sentido inicial de la gesta del Defensor de los Indios. Desde ahí, Bataillon se precisa como el intérprete moral que se había anunciado en “La Vera Paz” para proponernos, en conclusión, una advertencia fundamental y nueva en su día —por más que hoy pueda resultar obvia—, a saber: que el padre Las Casas no nació hecho de una pieza y armado de todas armas como Atenea; que su larga vida no deja de ser yunque y laboratorio donde al observador le es dado contrastar cambios, transiciones y tornasoles.

Era ésa en realidad una premisa inexcusable para designio tal como el que ha animado a Bataillon; un designio que él —si no estamos trascordados— no declara en parte alguna, pero que no necesita ser declarado, porque acompaña necesariamente al empeño de todo verdadero biógrafo; comprender al personaje “desde” su época y aun desde cada una de sus determinadas situaciones; captarlo en diálogo e interacción viva con sus coetáneos. De una manera u otra, en todos los trabajos que comentamos es ésa la luz incambiable que nos presta Bataillon. No está en ellos tan sólo la pasión por afinar y matizar en relación con el protagonista y con sus escritos; el mismo afán alienta en el rigor con que es perseguido todo aquello que por desvelamiento o reinterpretación puede devolvernos la imagen de una realidad que fue mucho más irisada, mucho más difusa en sus engarces de lo que pretenden las sentencias de resumen.

Se nos da aquí, pues, si no un Las Casas completo en su vasto temario, sí un cardinal itinerario lascasiano, vario en su índole: es un texto inédito lo que se nos descubre, o es un fray Bartolomé no menos inédito —e increíble desde su imagen estereotipada— en trance de defender con su pluma los intereses de aquellos pobladores

y conquistadores que no habían hallado en las Indias más que una patria de miseria sojuzgada; o se nos lleva en ascenso hasta el plano de los problemas teóricos en debate —decisivo para la época y capital, así, para nosotros— al dilucidar con fino análisis el sentido restrictivo que frente a la conquista tienen los corolarios doctrinales de fray Francisco de Vitoria; o todavía al situar en su justo significado ese tan frecuentado documento que es el llamado “anónimo de Yucay” (y que Bataillon atribuye al provincial de los jesuitas en el Perú, padre Ruiz Portillo), o al volver sobre la singular figura del dominico fray Francisco de la Cruz, condenado en 1578 por la Inquisición de Lima, Bataillon nos ofrece una pauta al tiempo que una medida sobre como es posible ensanchar el campo de contemplación de la onda histórica de Las Casas.

Nos interesa, en fin, hacer observar —por lo que encierra de muy general enseñanza— que en la cúspide más alta que desde este camino se alcanza, no se halla un conocimiento preciso y necesariamente inhibido de valoraciones u “objetivo” en el sentido trivial de que tanto ha abusado la mediocridad militante. Sin duda, Bataillon ha penetrado en el tema de Las Casas con una vocación crítica que apunta sin decaimiento ni inflexión al logro intelectual pleno, desconociendo instancias beatas de cualquier sentido. Su “Clérigo” anuncia un programa de estimativas desasido —muy naturalmente en el gran investigador francés— de anclas pasionales: Las Casas, proyectista desde luego, pero proyectista que es hijo de una experiencia, de unos designios y de unas relaciones comunes a aquellos españoles que protagonizaron la etapa primera o isleña del asentamiento en el Nuevo Mundo. Y desde ninguno de sus ulteriores peldaños ha contradicho Bataillon esa voluntad de independencia en su especulación. Sería inexacto, sin embargo, decir que en él no se han traslucido los afectos. Su pluma, exquisita al adjetivar, no ha pretendido desde luego que las adjetivaciones valorativas ocupen el proscenio; pero más allá de las exigencias propias de una contención elegante, tampoco ha tratado de encubrir a ultranza las preferencias del escritor: en último término, el lascasiano Bataillon se ha mostrado —y acaso cada vez más claramente— el lascasista Bataillon. Y a la postre, para que no cupiese duda sobre esto, el libro ya célebre de don Ramón Menéndez Pidal ha dado pie a nuestro autor para definirse razonadamente como tal lascasista, en las páginas introductorias atrás mencionadas, y donde en términos tan corteses como rotundos se hace una refutación a la tesis pidaliana de la chifladura (“paranoia” en lenguaje más subido) de fray Bartolomé.

Y es que el estudio de nuestro gran medievalista ha tenido —entre otras— la consecuencia inexorable de poner una vez más en cuestión la índole de la objetividad en historiografía; o, más en concreto, si la validez de un análisis depende de su neutralidad moral. Porque,

de atenernos al tema de Las Casas, se diría que una objetividad neutral es inalcanzable. Yo replicaría, sin embargo, a ello, que, contra lo que tantas veces se cree, lo importante en historiografía en orden a la comprensión del objeto en sus motivos y consecuencias, no es en modo alguno el ejercicio o la represión de los efectos por parte del historiador. Lo grave es la confusión consciente o inconsciente que suele darse, al servir como explicación lo que no consiste sino en una sanción. Por eso, nada más necesario, acaso, en nuestro tema, que reconocer desde el punto de partida lo muy difícil que en él resulta no tomar partido en alguna manera; y para un español, en particular no tomar partido absoluto contra Casas, en virtud de lo que éste mismo quiso. Porque fue, en efecto, el propio Casas —a veces lo olvidamos los lascasistas— el que impuso un legado de radicalismo para su memoria con una doble cerradura: en primer término, invistiéndose de un carácter de sacra intangibilidad, destinada a fulminar anatema contra todo ensayo de contradicción; además, y sobre todo, por la condenación que, asumiendo título y voz de profeta, arroja sobre una España que no ha querido entregarse enteramente a su dictado. Es, me parece, esta disyunción en términos “divinales” e irreparables la que dictó su verbo a fray Bartolomé y la que pone un antemural muy explicable, muy alto —y no cabe decir que típico— entre Las Casas y una generalidad de los españoles. Y no sólo para aquellos que, como es lo frecuente, desconocen quién fue en verdad fray Bartolomé, sino también frente a quienes, como don Ramón, lo conocen y lo reconocen desde una altura preeminente. Me atrevo a suponer que el fenómeno no habría sido muy distinto para un Las Casas inglés, ruso o birmano. ¿No está incluso solicitando esa arrogancia suprema del Defensor de los Indios, encaramado a su cátedra de Jeremías, una respuesta que desde un cierto racionalismo cientifista lo relegue al claustro de los orates ilustres que en la historia han sido?

Salvo que esa pretensión es también excesiva y —sobre todo— gravemente desorientadora como meta final. Confieso que, muy hondamente admirador como soy de fray Bartolomé de Las Casas —una de las figuras cumbres que haya producido España— he estimado sin embargo muy digna de cuidadosa atención y muy útil, en definitiva, la obra de Menéndez Pidal; no ya sólo por ser suya, sino porque pone en guardia con todo el aparato argumental apetecible, sobre lo extraordinariamente insólito que es, a escala universal, la gesta lascasiana y la vivencia psicológica que la sustenta; sobre la necesidad, en consecuencia, de contemplarla con las correspondientes cautelas.

Ahora bien: lo extraordinario —o lo “anormal” para decirlo de modo más pidaliano— en aquella gesta no es sólo su protagonista, sino todo cuanto la hizo posible. Como argumenta certeramente Bataillon, no puede pedirse que nuestro diagnóstico sobre Las Casas

tenga mayor fuerza que el del mundo que convivió con él. Y ese mundo —el del siglo XVI, que nació a una historia convertida en portento— respetó a fray Bartolomé como algo necesario y sagrado, por más que enojoso; en definitiva, como a algo que le era propio. Y de esa suerte, no es legítimo, precisamente desde nuestro racionalismo cientifista, separar lo que vivió como comunidad de historia.

Natural o explicable como es la respuesta extremosa al reto de de Las Casas, o bien, en sentido opuesto, el intento de absoluta inhibición subjetiva, no son las salidas obligadas de nuestro problema. Y los estudios de Bataillon son una prueba inmejorable de cómo son posibles y fructuosas otras vías; de cómo la simpatía no tiene por qué cegar la pupila crítica, y de cómo al enfocar la atención de manera primordial sobre las motivaciones históricas y su concatenación, dejan de ser incisivas sobre el historiador las inclinaciones afectivas que puedan surgir en su tarea. Por más que ello no equivalga —insistimos— a librarse de pronunciamientos. El trato con el tema de Las Casas tiene —como el de otros grandes temas— la servidumbre gloriosa de traer a palestra resortes hondos de nuestra propia intimidad; lo que no es seguramente la menor causa de la vitalidad de tales asuntos. Para el lascasiano, esta compilación se ofrece en adelante —huelga ya decirlo— como una de las indispensables bases de partida.¹

Universidad de Madrid.

JUAN PÉREZ DE TUDELA

¹ Publicado originalmente en *Cuadernos Hispanoamericanos*, número 219, pp. 573-578. Madrid, 1968. Reproducido con autorización del autor.